

quán grandes cosas estoy leyendo en aquella espaciosa frente! ¡O, y cuántas me descubren sus brillantísimos ojos! Ahora, ahora sí, que se hizo pedazos aquel velo, que no me dexaba penetrar los arcanos de las gentes. Desde que exercito esta profesion, nunca, nunca he podido lograr ver una fisonomía que concilie todas las gracias, y toda la belleza posible, con toda la prosperidad de la mas risueña fortuna. ¡Ah séame lícito (pero quiero hacerlo sin pedir licencia á nadie); séame lícito, vuelvo á decir, descubrirte, ó dichosísima doncella! todas las aventuras que han de hacer toda la mayor felicidad de tu dignísima persona, y la de toda tu benemérita familia. Al oirme hablar con este entusiasmo, se comovió toda la vecindad, con lo qual quedaron mas penetradas la inocente palomita que yo pretendia engañar, su madre y su buena hermana. Franqueáronme la puerta de su casa, donde entré cerrando la puerta, subí á la sala, y desempeñé la comision que me habia dado el viejo Caballero de manera, que ninguna de ellas dudó, que aquel Señor habia de dar principio á las grandes felicidades que falsamente yo las habia pronosticado. Habiendo cumplido así con el desengañado oficio que habia prometido, fui á dar cuenta de todo al que me le habia encargado, el qual halló vencidas las dificultades que podian estorbar el logro de su intento, por lo bien que yo habia dispuesto la materia, de manera que dentro de dos ó

tres dias consiguió lo que deseaba. Hizo que se me entregasen los veinte y quatro doblones, pero mandándome expresamente, que luego saliese de Génova. Fueme preciso obedecer, y pensando en qué parte podria hacer mas fortuna con mi supuesta Astrología, me determiné finalmente ir á probarla en Parma y Plasencia, pasando de allí á los Estados de la Casa de Este, y dexándome caer despues en los de la Iglesia.

## CAPITULO XV.

*Progresos y fin de la profesion Astro-  
lógica de Isidoro.*

**E**stablecido así el plan de mis Astrologías empresas, pasé prontamente á Plasencia. Allí encontré desde luego ciertos bufones, los quales, al mismo tiempo que se valian de mí para hacer mil burlas á otros, me lo pagaban liberal y aun profusamente. Uno de estos me dixo un dia: Señor Astrólogo, ¿no ve usted alli aquel hombre que está arrimado al mostrador de aquella tienda con una cara de enérgumeno? Pues sepa, que es un pobre mentecato, que ha consumido todo quanto tiene por encontrar el *Lapis Philosophorum*. Dígale usted, que no conseguirá lo que pretende, mientras no encuentre el *Bezoar de los Basiliscos*. Volé al punto hácia él, y sin mas ni mas le dixe: Señor, yo sé que

usted es un gran Alquimista. Y bien, me respondió, volviéndose hácia mí con una cara avinagrada: ¿qué me quieres tú decir con esto? Grandes cosas, Señor, le repliqué. Leyendo estoy en vuestros ojos, y en las líneas de vuestra frente, que con el tiempo tendreis la fortuna de encontrar la piedra filosofal. Emprehendereis un viage, en el qual hallareis el único admirable ingrediente que os falta para adquirir el inestimable tesoro de la vida y fortuna de los hombres. ¿Y qué ingrediente es ese que tú me pronosticas? me replicó con grande curiosidad. El Bezoar de los Basiliscos, le respondí prontamente. Anda, vete enoramala, me respondió enfadado, que eres un tonto, ó un grandísimo embustero. En los innumerables libros que he leído sobre la materia, hasta ponerme á peligro de perder la vista, no se hace mencion ni por sueños de semejante ingrediente. Por lo mismo, le respondí, desde el principio le llamé á usted *hombre afortunado*, pues lo que ignoraron todos los demás, se le ha hecho saber á usted por medio mio. Puesto que, aunque ha mucho tiempo que habia leído este secreto en algunos Autores Arabes, cuya lengua poseo bastante, nunca se me habia permitido por un repentino insuperable impedimento de la lengua, que no me dexaba articular ni una sílaba, ni pronunciarle, ni descubrirle á otro que á usted. Con esto quedó el buen hombre enteramente persuadido á que era cierto lo que yo le decia,



J. Casarón lo dibujó

M.<sup>o</sup> Gamborino lo Gravó.

*Progresos y fin de la profesion Astrologica de Isidoro.*

cia, y sacando del bolsillo una gruesa moneda de oro, me la regaló, con lo qual yo me fui muy alegre, y no menos contento, por haber embaucado al mas famoso Alquimista de Plasencia. Los bufones que todo lo habian estado observando, rebentaban de risa, y quando supieron lo bien que habia desempeñado mi comision me lo pagaron medianamente.

Mostráronme otro dia á un Médico, á quien nunca le llamaba persona alguna de importancia, por lo qual vivia el pobre una vida muy melancólica, pareciéndole que despreciaban todos su habilidad, y continuamente estaba diciendo, que él era como el oro en manos de los avarientos, que siempre le tenian encerrado, sin valerse de él para nada. Anda, me dixeron los mismos del buen humor, y procura consolar aquel pobre Médico, cuyos grandes talentos conocen pocos ó ninguno. Acerquéme á él, y despues de haberle saludado, le dixé: Señor si usted me da licencia, quisiera comunicarle una cosa. Pensó el buen doctor que queria consultarle sobre algun achaque mio, pero quando me oyó que deseaba pronosticarle, ó *astrologarle*, me dió un empujon, diciéndome: quítate de ahi, que has errado el tiro: yo soy un hombre que pronostico y astrologo á otros, mas que no nació para ser *astrologado*. Ya lo sé muy bien, le repliqué, ya lo sé, Señor; ya sé que su merced es un gran Médico, y que los Médicos deben saber la Astrología, así para arreglar las curas

á la qualidad de las influencias que inspiran los Planetas y Astros superiores, como tambien para acertar en los pronósticos que de quando en quando se deben hacer sobre los progresos y futuros pasos de las enfermedades. Por tanto me parece puedo decir á usted con fundamento, que las escogidas Efemérides á que se ha dedicado, le suministrarán este año noticias muy falaces, para que no se fie de ellas en las curaciones que emprendiere. A buena cuenta desde luego me atrevo á adivinar, que aunque con mucha razon se le puede llamar á usted el Fenix de la Medicina, y el Hipócrates de nuestros tiempos, con todo eso tiene muy poca fortuna, y el comun de las gentes hace poco aprecio de su gran sabiduría. Es demasiada verdad (dixo él entonces) que en esta Ciudad hacen poca estimacion de mí, y tanto, que mas de una vez me ha venido al pensamiento de abandonarla, viendo verificado en mi persona aquello de *nemo Propheta in patria sua*. No parece sino que me tienen por un hombre desconocido, siendo asi que recibí publicamente la borla de Doctor en Filosofia y Medicina no menos que en la Universidad de Bolonia, Madre de las ciencias, y la Atenas de Italia. Con esta ocasion se publicaron, y se fixaron en todas las esquinas de la Ciudad millares de Sonetos y Canciones en alabanza mia. Sin embargo, ningun enfermo me llama, y no hago otra cosa que curar la gente mas pobre y mas miserable, de la qual no saco, ni puedo

sa-

sacar la mas mínima utilidad. Pues Señor mio, repuse inmediatamente, si usted ha visto que le he dicho la verdad por lo que toca á lo pasado, siendo asi que no tenía el honor de conocerle, porque hasta ayer nunca habia puesto los pies en esta Ciudad, hágame la justicia de creer lo que ahora le diré por lo respectivo á lo futuro. Dí pues lo que quisieres, me respondió el Médico, que yo te oiré con mucho gusto. Con eso volví yo á proseguir mi discurso de la manera siguiente. En fin ya es llegado el tiempo de vuestra mayor gloria. En este mismo año, Señor, saldreis del olvido en que os ha tenido la fortuna; ésta os está ya mirando con benignos ojos, sentada imperiosamente en lo mas alto de su rueda, y os alarga propicia su fatal cabellera para que la asegureis con el clavo que ha de fixar su volubilidad y su inconstancia. En este año habrá gran cosecha de enfermos, pero los remedios ordinarios que enseña el arte para curarlos saldrán todos fallidos, por una ignorada y fatal constelacion dominante. De manera, que si quereis ser feliz en vuestras curas, será menester que receteis todo lo contrario de lo que enseñan vuestros médicos preceptos, y de lo que hacen los demas vuestros compañeros. De esta manera en poco tiempo adquirireis gran fama, y los otros perderán la que tenían. Quando esteis ya bien acreditado, no temais que ninguno os recargue, ni os culpe por mas desaciertos que hagais, aunque pobleis los cementerios, y

TOMO VI.

x

des-

despobleis las Ciudades con vuestras erradas curas. Oyóme el Médico con la mayor complacencia, dióme mil gracias, y en paga de mis predicciones se ofreció á asistirme de valde, y por pura amistad en la primera grave enfermedad que me sobreviniese. Ya sabia yo, le dixé, que usted no tenia en la faltriquera ni siquiera un ochavo para remunerarme; pero nunca fue mi ánimo recibir de su mano cosa alguna, porque á hombres de tanto mérito como usted, tengo particular gusto en tratarlos con toda generosidad.

Parados tres ó quatro dias le volví á encontrar en una calle. Apenas me vió, se vino hácia mí, y tomándome la mano me dixo con mucha alegría; ¡Oh amigo Astrólogo, y quanto celebre este buen encuentro! Has sido para mí un nuevo Zoroastro, y no sabes bien quan obligado estoy á tus felices vaticinios. Apenas te apartaste de mí se me ofreció una buena ocasion de aprovecharme de ellos. Hallábame en una botica donde oí hablar de la enfermedad de un gran Señor de este País, á quien los Médicos habian desauiciado, dexándole ya en manos de los Religiosos con una especie de mortal agonía. Hallabase el enfermo oprimido de una hidropesía, exáltada ya al tercer grado, cuya curacion daban por desesperada los primeros y mas acreditados Físicos de Italia. Habiendo oido yo el deplorable estado en que se hallaba, acordandome de lo que me habias advertido, quise probar cómo salian tus consejos.

-230

X

IV OMO Ofre-

Ofrecíme pues públicamente á curar al tal Caballero, con tal que le dexasen solo á mi cuidado. Inmediatamente se echaron todos á reir, y algunos Médicos que estaban presentes comenzaron á encogerse de hombres con cierto ayre bufonesco, y aun se dexaron caer algunas mordaces pullas. El boticario, que era un hombre venerable así por su edad, como por lo eminente que era en su profesion, dixo tambien medio burlandose: Si este Señor sabe hacer milagros, dexémosle que haga el que dice. Nada se va á perder en que el enfermo muera en sus manos, una vez que esté ya condenado á morir en las de otros. En conclusion, yo fuí llamado á visitar aquel Caballero, y él me admitió por su Médico. Habiendome informado de la regla que habian observado mis predecesores, la qual era hacerle comer siempre carne quemada en vez de asada, prohibiéndole absolutamente todo género de bebida, hice ánimo á seguir un método enteramente contrario. Ordené que me traxesen una buena cantidad de agua, en la que hice como que echaba ciertos polvos, que fingí sacar de mi faltriquera; díselo á beber tumultuariamente, hasta que efectivamente se la echó á pechos sin dexar una gota. De allí á pocas horas dispuse que le diesen un vaso de vino generoso, y no quise apartarme del quarto del enfermo en toda la noche, hasta ver el efecto que producía aquel nuevo método de medicar la hidropesía. No creerá usted, Señor As-

-231

X 2

tró-

trólogo, como todo me salió á las mil maravillas. A la media noche comenzó á expeler por la cámara y por la orina una prodigiosa cantidad de materias sólidas y fluidas, y prorrumpiendo despues en un sudor el mas copioso y violento que habia visto en mi vida, su cuerpo, que estaba hinchado como una bota, le hallé por la mañana enjuto, y reducido á su natural constitucion. Repetí entónçes las bebidas de agua y vino en la misma cantidad, de manera que al presente el Caballero se halla enteramente sano y salvo, sin necesitar de otra cosa que de alimentarse bien, para recobrar las fuerzas abatidas por tan grave y prolijo mal, no menos que por los medicamentos antisalutíferos que le habian aplicado. Valióme esta cura un grande y muy costoso regalo, el qual debo partir contigo, reconociéndome obligado de mi buena fortuna á tus sapientísimos preceptos. Diciendo esto me metió en la mano un bolsillo, que no tuve espíritu para desechar, y habiendo advertido al Médico que no se olvidase del método que le habia sugerido, me partí de allí, no acabando yo mismo de admirarme de que un hidrópico hubiese sanado sin otro remedio que el de hacerle beber agua y vino. Despues de esto visité el tal bolsillo, y le hallé proveido de 24 escudos, los que agregué al demas peculio Astrológico que habia ganado por mis puños.

Mientras tanto habia adquirido ya gran fama de singularísimo adivino en toda aquella Ciu-

Ciudad. Corrian en tropas á ser *astrologados* por mí los hombres y mugeres de todo el estado, y me vandeaba muy bien con todas las clases de ellos. A los solteros y solteras los decia, que presto dexarian de serlo; á los casados les adivinaba cuántos hijos habian tenido, y cuántos habian de tener; añadiales que pasado cierto tiempo padecerian una grave enfermedad, y pasado despues otro cierto término se les vendria á las manos una gran fortuna. Venian á mí litigantes que deseaban saber el éxito que habian de tener sus pleytos, maridos que me preguntaban si eran honestas sus mugeres, enamorados que pretendian les dixese si les eran fieles sus damas, y así de todas las demás clases y calidad de personas: tanto que parecia ser yo el oráculo que decidia de la suerte que habia de tocar á cada uno. Pero quando yo me hallaba en el mayor auge de mi fortuna, aquellos mismos bufones que dixen arriba, fueron causa de que hiciese un firme propósito de abandonar para siempre la bella profesion de Astrologo. El caso sucedió de esta manera. Enseñaronme una mañana á un hombre muy gordo y muy pantorrilludo, que estaba concertando unos pollos en el mercado. Anda, me dixeran, y dí á aquel hombre que no gaste dinero para comer aquel dia, porque sabes que en él ha de ser convidado á una gran mesa, donde podrá saciarse á su gusto de lo mas exquisito y mas delicado que suministra el país. Executé prontamen-

mente todo lo que me dixeron. El buen hombre, que tenia la mejor traza de parasito y de pegote profeso, y que ya estaba con el dinero en la mano para pagar el importe de los pollos, luego que me oyó recogió su dinero, y se le volvió á meter en el bolsillo, dándome mil gracias por la noticia que le habia dado tan á tiempo. Despues de esto le observé que se entró en una botica, sin duda para tomar alguna bebida diluente ó purgante, que limpiase el estómago de lo que habia engullido el dia antecedente, y despues irse á esperar en su casa al sujeto que habia de convidarle. Pero por la cuenta le debió salir fallida su esperanza, porque luego que yo acabé de comer le vi entrar en mi posada hecho un veneno, acompañado de otros dos que parecian criados suyos, á los quales mandó que me moliesen á palos, y mientras ellos me rompian las costillas, el tal hombron me estaba diciendo con grande socarronería: *Señor Astrólogo, adi-vine ahora usted con quantos palos he determinado regalarle.* En vano le procuraba yo aplacar con mil excusas, y pidiéndole por amor de Dios que tuviese misericordia de mí. Prosiguió adelante la paliza, hasta que me molieron bien los huesos, y el hombron se partió muy ufano y contento de su venganza, dexándome tendido en tierra, quebrantado todo el cuerpo, hecho pedazos el vestido, y yo maldiciendo la hora y el punto en que se me habia puesto en la cabeza el loco pensamiento.

miento de meterme á ser Astrólogo.

Luego se supo en toda la Ciudad de Placencia mi desgracia. Unos se reian desafortadamente, y otros me tenian grandísima compasion, particularmente quando se llegó á saber, que yo no habia tenido otra culpa en aquel lance que la imprudente ligereza de haber condescendido con el genio maligno y mofador de aquellos satíricos bufones. Uno de los primeros que supo mi trabajo fue mi famoso Médico, el qual vino inmediatamente á visitarme, y escrupuloso observador de su palabra sin interés, y con exclusion de qualquiera otro. Y lo mejor de todo fue, que absolutamente queria curarme de mis heridas y contusiones todo al contrario de lo que enseñaba el arte, y esto por no desviarse un punto, ni faltar en un ápice al método que tanto le habia yo mismo inculcado; y me costó muchísimo el poderle persuadir, que aquella regla mia en el caso presente (que era mas quirúrgico que médico) padecia grandísimas excepciones. Apenas me sentí sano, no tardé un momento en salir de un país de quien llevaba tan indelebles memorias, y arribando á Parma, pasé revista á mi bolsillo, y hallé que habia ganado cerca de trescientos escudos. Habíame enseñado la experiencia, que el dinero se acaba presto quando la industria no se aplica á reclutarle, y tenerle siempre vivo. Y así me puse á pensar el partido que habia de tomar para asegurar este reemplazo: puesto que me ha-

hallaba ya sobradamente convencido de que el oficio de Astrologo era muy peligroso. Ya advertí desde el principio, que me repugnaba toda profesion que no fuese de una total independencia, y asi despues de mucha meditacion y largo exâmen determiné anunciarme por un Poeta errante, universal, é improvisador, es decir, por un Poeta que sobre qualquiera cosa que le propongan, recita de repente. En Italia se usan mucho estos Poetas, que llaman *improvisadores*.

## CAPITULO XVI.

*Fingese Isidoro Poeta errante, universal, é improvisador. Recita como tal en Parma, Florencia y Roma, en cuya Ciudad toma la última resolucion.*

**H**abia aprendido algunos principios de Poesia en el estudio de Barcelona, y como mi lengua nativa era la Italiana, me habia dedicado á leer los mejores Autores que habian escrito en eia. Durante mi navegacion á México habia sacudido el polvo muy particularmente á los libros de Poesia Italiana, sin que por eso me reconociese con disposicion, ni mucho menos con la mayor facilidad para hacer versos. No obstante esto lo primero que hice fue fixar un cartel

tel, en que daba noticia al público como habia llegado á Parma un Poeta errante, universal é improvisador, que se obligaba á componer de repente sobre qualquier asunto, y á responder de la misma manera á qualquiera pregunta que se le hiciese, en verso de consonantes precisos y rigurosos. Significaba en el mismo cartel, que Lino y Homero primeros Poetas de la antigua Grecia, como tambien Orfeo, anterior á ellos, no habian sido mas que unos hombres errantes como yo, que andaban de Ciudad en Ciudad, sustentandose de lo que les daban los apasionados y amantes de la Poesia. Metió gran ruido en todo Parma esta novedad; y la primera vez que subí al tablado, que á manera de Cátedra me habia hecho levantar en medio de la plaza pública, logré un gran concurso de la Nobleza y Literatos de la Ciudad, curiosos todos de oir la prolusion con que hacia la abertura de mi nuevo teatro. El asunto de la prolusion se reducía á un pomposo elogio de la Poesia, y de todos aquellos que la cultivaban, empenandome en probar que ella habia sido el lenguaje propio y peculiar de los Dioses de la Gentilidad. Tuvo un grande aplauso la tal prolusion, y habiendola hecho imprimir me produjo una ganancia mas que mediana. Al baxarme del tablado me rodeó una multitud de mozalvetes, que á porfia me encargaban les hiciese varias amorosas composiciones, para enviarlas cada uno á su respectiva Filis, entregando-